

VIOLENCIA Y DEPORTE¹

Alberto Cardín

El carácter problemático del vínculo entre estos dos ítems, violencia y deporte, quizás no ha sido suficientemente puesto de relieve, en la medida en que aparece minimizado por su reducción a una preocupación coyuntural: la violencia en los modernos estadios deportivos, ejemplarizada sobre todo en el drama de Heysel, y sociológicamente tematizada como un problema de integración social de determinados subgrupos o clases de edad, en lo que respecta a los diversos tipos de "hooligans" que proliferan hoy día en las democracias occidentales².

Esta coyunturalización del vínculo problemático esconde el intento de preservar una idea ampliamente aceptada: la del deporte como sublimación y sustituto del agonismo social violento, difundida por el olimpismo moderno, idea que es, a su vez, subsidiaria de la ideología del progreso³, y que encuentra su culminación en la apología reciente de los llamados "nuevos deportes"⁴.

Una perspectiva más filosófica, y sobre todo la comparación intercultural, nos llevan sin embargo a ver que la idea del deporte como sublimación de la violencia resulta más que discutible en la tradición europea, y está muy lejos de poder establecerse en otros ámbitos culturales.

"Desde que existen palabras para designar a la lucha y para designar al juego, fácilmente se ha denominado juego a la lucha", dice Huizinga en su clásico *Homo ludens*⁵. Lo que no hace sino confirmar una realidad palpable

¹ Introducción al coloquio sobre el mismo tema, dentro del simposio "Violencia i sport". Palau de la Virreina, 3. 10. 89.

² Aunque el problema empieza a manifestarse con características parecidas también en los países del Este, sobre todo en la URSS, y presenta características exteriormente similares, aunque estructuralmente distintas (como manifestación puntual de una violencia social más omnipresente), en los países del Tercer Mundo, sobre todo en Latinoamérica.

³ Este, concebido como proceso civilizatorio, aparece en filósofos de la cultura como Jaeger como una evolución sublimatoria de carácter positivo (Cfr. la introducción de su *Paideia*), y en Freud y Nietzsche, por igual, como un proceso inevitable que supone penosas renunciaciones instintuales (Cfr. J.-P. Assoun, *Nietzsche y Freud*, México, FCE, 1984, pp. 216 yss.)

⁴ En los que la competitividad ya no importa, porque "el cuerpo del deportista no es un medio, sino un fin en sí", y donde lo que prima es "la satisfacción del placer cumplido" (Enrique Laraña, "los nuevos deportes en las sociedades avanzadas", *Revista de Occidente*, nos. 63-64, 1986). Lo que evidentemente va mucho más allá del clásico "lo importante no es ganar, sino participar".

⁵ J. Huizinga, *Homo ludens*, Bs.As., Sudamericana, 1968, p. 135.

en cualquier cultura donde el deporte aparezca como un ámbito exento, distinto de la guerra y de los ritos religiosos⁶ : que los componentes estructurales básicos de todo juego y todo deporte son el agon y el alea⁷ , la lucha y el azar, o lo que es lo mismo, la violencia reglada, de la que se extraen destinos ejemplares, o consecuencias adivinatorias, como claramente se ve en aquellos juegos como el *tlachtli*, o juego de pelota mexicano, donde los resultados de la competición tenían la finalidad de interrogar al destino, y terminaban con un sacrificio expiatorio⁸ .

Y ello es cierto incluso en los llamados "nuevos deportes", donde en apariencia la violencia y el espíritu competitivo han sido eliminados, pero en los que la emulación a distancia (superación de marcas, complejización de los retos, prolongación de la resistencia física, aunque la intención de quien se marca estas metas no sea pasar al *Guinness* : las hazañas ya establecidas de los otros siguen funcionando como limite emulador, si bien la competencia no se manifiesta *in praesentia*) y la interrogación del destino (que incluye el desafío a la muerte en no pocos casos), siguen absolutamente presentes⁹ .

Lo único que parece cierto es que, en la tradición occidental y en determinadas condiciones, que fueron las del olimpismo helénico, mientras las competiciones deportivas mantuvieron su ambigua vinculación con la religión y su función de signo anfictionico, el deporte ha servido como sustituto temporal de la guerra, sublimación de la violencia sangrienta, y catársis colectiva en la que la superación física de unas metas aparece como sacramento de determinados augurios.

Pero esta función sublimatoria y sustitutoria no es cierta en todas las culturas, ni se ha logrado, a pesar de la continuidad formal del agon deportivo en condiciones distintas de las que presidieron originalmente (e

⁶ Son éstos los ámbitos con los que más habitualmente aparecen confundidos los juegos y el deporte, en la mayor parte de las sociedades (Cfr. Gluckman and Gluckman, "Drama, games and athletic contest", en *Play games and sports in cultural contexts*, J.Harris & R.J.Park (Eds.), Champaign, Human Kinetics Publishers, 1983, pp.201 y ss.)

⁷ "El agon y el alea manifiestan actitudes opuestas y en cierto modo simétricas, pero ambos obedecen a una misma ley: la creación artificial entre los jugadores de las condiciones de igualdad que la realidad niega a los hombres.. el juego es entonces una tentativa de sustituir la confusión normal de la existencia común por situaciones perfectas", R.Callois, *Los juegos y los hombres*, México, FCE, 1986, p.51.

⁸ Cfr. Duverger, *L'esprit de jeu chez les aztèques*, La Haya, Mouton, 1983, pp. 217 y ss.

⁹ Cfr. J.Macaloon & M.Csikszentmihaly, "Deep play and the flow experience in rock climbing", en *Play games and sports*, cit., pp. 361 y ss.

incluso podemos decir que hasta su prohibición por Teodosio) los juegos de Olimpia, y los demás juegos semisacros y anfictionicos griegos (ístmicos, píticos, nemeos, etc.).

Por un lado, encontramos que en las sociedades de bandas en general, y el caso más típico sería el de los dani de Irian Jaya, la guerra tiene en sí misma un carácter lúdico (diríamos que muy poco "mortífero"), por lo que constituye el verdadero deporte de dichas sociedades, y los juegos infantiles se abocan principalmente a su emulación, imitación y preparación¹⁰.

Por otro, vemos que en la mayor parte de las llamadas sociedades de rangos o de jefaturas, los deportes aparecen fundamentalmente como "una preparación para la guerra", como ocurre entre los maori¹¹, o aún más claramente en el caso del *buzkashi* afgano, claramente concebido como forma de entrenamiento y perfeccionamiento de las habilidades guerreras¹².

Si aplicamos un patrón difusionista, que nos permita apreciar por conmutación los cambios estructurales que se producen mediante la sustitución de la guerra cruenta por la forma sublimada de agresión intergrupala que es el deporte, o a la inversa, la introducción del deporte como forma de competencia sin más en una sociedad anticompetitiva, veremos que pasa lo que sigue, según dos casos cruciales considerados como clásicos:

En el caso de la introducción del béisbol entre los trukeses, los nativos resultan no tomar "el béisbol como un juego, sino como una guerra"¹³, a la que aplican todos los tabús sexuales que antes solían preceder a la celebración de las guerras intertribales. La única diferencia está en que las muertes (escasas por lo demás, en la época anterior) se han eliminado, pero la concepción violenta de la competición sigue siendo casi exactamente la misma.

¹⁰ Cfr. Blanchard & Cheska, *Anthropology of Sport*, Boston, Bergin & Garvey, 1985, p. 162.

¹¹ Blanchard & Cheska, cit., p. 175.

¹² Blanchard & Cheska, cit., p. 130.

¹³ Murdock, "El béisbol como sustituto de la guerra en Truk", en *Sociedad y cultura*, México, FCE, 1988, p. 262.

La introducción de este mismo juego entre los hopi, en cambio, ha supuesto la introducción "de un elemento competitivo extraño en un sistema social esencialmente no competitivo", lo que crea todo tipo de perturbaciones sociales, y la necesidad de aplicar la autoridad desnuda en muchos casos, para resolver los conflictos intergrupales catalizados por el juego: lo que implica la introducción de nuevos elementos de regulación de la convivencia extraños a la tradición del grupo¹⁴.

Si volvemos a nuestra sociedad, lo que podemos comprobar es que los deportes de estadio, convertidos en simple espectáculo de masas (es decir, separados de su función para-religiosa y de catársis anfictiónica), se convierten en espectáculos que, si por un lado drenan sublimatoriamente la agresividad de la población urbana masificada, cíclicamente producen estallidos de violencia, como en Bizancio ocurría ya en las carreras de carros entre verdes y azules, tan bien pintadas por Graves en su Conde Belisario.

Es cierto que este eventual fomento de la violencia, mediante un contagio de la agresividad del campo a las gradas espectadoras, se da fundamentalmente en aquellos deportes agresivamente competitivos y con características de equipo, como pueden ser el fútbol y el hockey sobre hielo¹⁵, y en cambio no se da en los deportes de competición atlética, o en los de competición de *teams* reducidos, como el tenis o la pelota vasca.

Pero ésto no quita para que la idea del deporte como actividad sustitutoria de la violencia social y sublimadora de las tendencias sociales agresivas haya de ser puesta fuertemente en cuestión, desde un punto de vista estructural: la violencia apenas disfrazada, lo agonal *in praesentia* o "apotético", son inherentes a la estructura universal del deporte. Lo que implica que, en determinadas condiciones, donde la proyección agresiva de un público masivo crea "masa crítica", el estallido violento y el consecuente pánicos incontrolado en las gradas acaben produciéndose, con las trágicas consecuencias que de tanto en tanto se nos presentifican.

¹⁴ R. Fox, "Pueblo Baseball: new uses for old witchcraft", en Encounter with Anthropology, cap. 10, Londres, Penguin, 1973.

¹⁵ Aunque es curioso que los estadios de fútbol americano, deporte de equipo más violento que el fútbol europeo, no registren los estallidos de violencia típicos del fútbol inglés, y de muchos de los estadios latinos.

